

El fin de Europa

Cédric Duran

Desde el punto de vista europeo, el hundimiento financiero de 2008 no fue más que el prólogo de una crisis continental generalizada. La debacle financiera, de fabricación estadounidense, desencadenó una cadena compleja de acontecimientos inesperados en todo el Viejo Continente, contaminando todas las esferas de la vida social y desembocando en un paisaje radicalmente nuevo, pasto de turbulencias políticas y económicas.

Como declaraba/1 hace algunos meses Ada Colau/2, la nueva alcaldesa de Barcelona elegida como cabeza de una coalición inspirada en el 15M:

“De esta crisis nadie saldrá como antes. Lo que nos espera es, o bien un horizonte feudal con un aumento brutal de las desigualdades, una concentración sin precedentes de las riquezas, nuevas formas de precariedad para la mayoría de la ciudadanía; o, por otro lado, una revolución democrática, en la que participan miles de personas para cambiar el final de la película”.

Muy probablemente, hemos llegado a esta encrucijada histórica. La muy amplia victoria del No en el referéndum griego del 5 de julio/3 es una de las más claras indicaciones de la voluntad de las clases populares de poner fin a decenios de integración europea neoliberal. Esa reapertura de lo que Auguste Blanqui llamaba “el capítulo de las bifurcaciones” participa de movimientos tectónicos que sacuden un continente caído en una espiral de rencor y de resentimientos jamás vista desde mediados del siglo pasado.

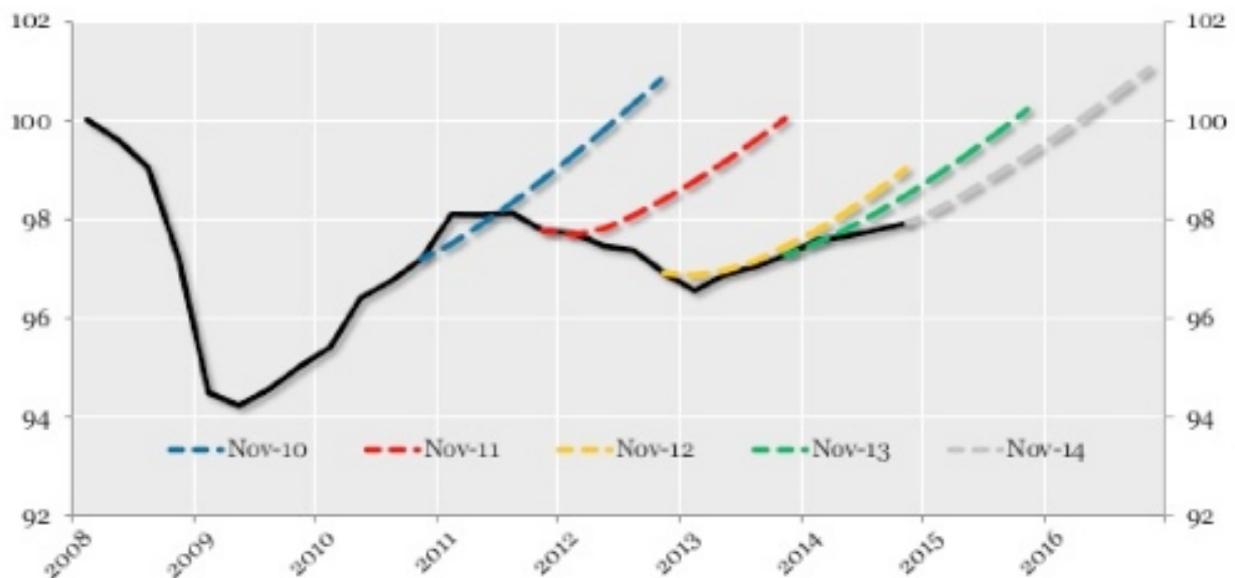
Una gran empresa política en quiebra

Hace quince años, el éxito del lanzamiento de la moneda única alimentó una ola de euroforia por todo el continente. La Estrategia de Lisboa de 2000/4 prometía hacer de la Unión Europea “*la economía del conocimiento más competitiva y más dinámica del mundo, capaz de un crecimiento económico duradero acompañado de empleos más numerosos y de mejor calidad y de una mayor cohesión social*”. Los entusiastas pintaban la Unión como “un faro de luz en un mundo confuso”. Marcel Gauchet y Jürgen Habermas/5 hacían valer que la nueva fórmula europea -en términos de gobernanza democrática supranacional y de Estado de bienestar- estaba destinada a servir de “*modelo para las naciones del mundo*”.

Las previsiones europeístas jamás se han materializado. Al contrario: una secuencia retrospectiva de todo ese período aparece como una historia de fracasos ininterrumpidos. Los logros de la zona euro en términos de crecimiento económico han estado ampliamente por debajo de los de todas las demás regiones, antes y después de la crisis, y el giro austeritario de 2010 ha producido una magnífica debacle económica. El PIB no ha vuelto a encontrar su nivel de finales de 2007, de lo que resulta una de las peores crisis económicas de la historia reciente, solo sobrepasada por la catastrófica restauración capitalista rusa de los años 1990.

La OCDE realizó una valoración sin paliativos de la inadecuación de la gestión económica durante este período que ilustra el contraste entre las previsiones de crecimiento y la trayectoria efectiva de la zona euro. La recuperación anunciada en múltiples ocasiones no se ha materializado nunca.

Previsiones del PIB de la zona euro y trayectoria efectiva (OCDE, 2014):



El paro alcanza récords: en 2014, 44 millones de personas estaban privadas de empleo o subempleadas en el seno de la Unión Europea. Esta plaga no es solo un doloroso drama personal para las y los trabajadores afectados y sus familias, sino también una ilustración espectacular de la irracionalidad de nuestra organización social que se salda con un derroche económico gigantesco; desastre tanto más considerable en la medida que los trabajadores y trabajadoras europeos están entre los más productivos del mundo.

Igualmente, el mito de la convergencia intraeuropea se ha hundido. En el curso de los cinco últimos años, el acercamiento engañoso de los niveles socioeconómicos se ha desvanecido, reinstalando con un ardor redoblado la jerarquía económica/6 entre el núcleo europeo alemán y las periferias. El PIB por habitante de Italia es hoy más pequeño de lo que era en 1999. Otros países como Grecia, España y Portugal están sumergidos en la desesperación social, con segmentos enteros de la población en la imposibilidad de satisfacer sus necesidades esenciales.

La ironía de la historia es que todo este sufrimiento fue vano. Las proporciones deuda/PIB han aumentado a pesar de las severas medidas de austeridad, encerrando a los países periféricos y sus clases trabajadoras en un ciclo sin fin de servidumbre por deuda respecto a los mercados financieros e instituciones y países acreedores. Al mismo tiempo, los desequilibrios comerciales persisten en el seno de la zona euro, y la coordinación más estrecha de las prescripciones neoliberales a nivel de la UE no ofrece ningún mecanismo capaz de enfrentarse a los problemas subyacentes de desarrollo desigual.

Un cesarismo burocrático disfuncional

Los vientos contrarios a la depresión económica han transformado la gobernanza europea en una máquina de guerra de clase. El gran salto adelante de la integración durante de los últimos años ha reducido casi a la nada la capacidad de los parlamentos nacionales para ejercer un papel activo sobre la política económica. El endurecimiento de las reglas, la supervisión burocrática por la Comisión y los gobiernos centrales, la puesta en pie de órganos tecnocráticos independientes que controlan la política presupuestaria y la ampliación de las competencias del Banco Central Europeo (BCE) han reducido la acción de los gobiernos ante la puesta en marcha del viejo “consenso de Washington”: rigor presupuestario, privatización y liberalización.

Las medidas de austeridad antipopulares y las reformas del mercado laboral han suscitado en los países del Sur movilizaciones sociales de una amplitud sin precedentes desde hace decenios, con

varias huelgas generales y fases casi insurreccionales en España y Grecia. Cuando la determinación de los gobiernos nacionales se ha debilitado, el centro europeo ha recurrido a un aumento del autoritarismo: golpes de fuerza burocráticos que han hecho dimitir a varios primeros ministros, mientras que el BCE, dirigido por el antiguo vicepresidente de Goldman Sachs, Mario Dragui⁷, sometía explícitamente a los dirigentes más tercos al chantaje utilizando el problema de la liquidez.

En ningún otro caso la confrontación ha aparecido con tanta claridad como en Grecia. En una declaración de mediados de junio de 2015, el economista jefe del FMI, Olivier Blanchard escribía⁸ con una franqueza desconcertante: *“Mediante el juego de la democracia, los ciudadanos griegos han hecho saber que no querían ciertas reformas. Nosotros estimamos que esas reformas son necesarias”*⁹. Oponiendo explícitamente las opciones democráticas y las exigencias burocráticas neoliberales, Blanchard repetía sencillamente el mantra de los dirigentes europeos según el cual no hay alternativa al *statu quo*.

Las discusiones con Grecia son pues un proceso formal que intenta vencer políticamente a las fuerzas de izquierda en el poder en ese país a fin de enterrar toda perspectiva de cambio político significativo en todo el continente. No se puede explicar de otra forma la inflexibilidad de los acreedores a pesar de que Tsipra franqueó todas las líneas rojas de Syriza en términos de reforma de las jubilaciones, de política fiscal, de privatizaciones y de liberalización del mercado. Esta actitud punitiva era clara como el agua a finales de junio, cuando el BCE provocó activamente un pánico bancario poniendo en guardia contra una “crisis incontrolable” y luego poniendo límites¹⁰ a los préstamos de urgencia al sector bancario, provocando el cierre de los bancos, la limitación de las retiradas de dinero y el establecimiento de un control de capitales.

Sin embargo, la rigidez respecto al gobierno griego no es solo el efecto de una voluntad política neoliberal descarada. Revela un problema de débil maniobrabilidad¹¹ del navío político europeo debido, en lo esencial, al tamaño y a la complejidad jurídica de la UE. En el fondo, la gobernanza de la UE es la dolorosa sedimentación de difíciles compromisos interestatales a través de reglas cuyo rodeo es delicado y siempre acrobático. Las capacidades de decisión a escala europea están en consecuencia extremadamente encuadradas y sujetas a los equilibrios políticos anteriores, lo que hace casi imposible toda iniciativa radical. Además, la burocracia europea es minúscula, con alrededor de 30 000 funcionarios y un presupuesto de menos del 1% del PIB de la UE. Su única y exclusiva fuerza política resulta de una acumulación de reglas y de procedimientos que la élite europea quiere preservar escrupulosamente, incluso si ello conduce a una gestión sistemáticamente caótica de las peripecias que se han multiplicado estos últimos años.

A un nivel más profundo, la falta de maniobrabilidad de la UE es el producto paradójico de las aplastantes victorias del capital transnacional y financiero durante los decenios precedentes. Estas victorias han conducido al establecimiento de instituciones protoestatales europeas focalizadas principalmente sobre los intereses fundamentales del capital -competencia, mercado y moneda- mientras que el trabajo y los problemas sociales son reducidos simétricamente a simples variables de ajuste. Por consiguiente, si el protoestado europeo es fuerte en la promoción de los intereses inmediatos de un bloque de poder dirigido por las finanzas, le falta el aspecto consensual de la hegemonía, el que es indispensable para hacer que se mantengan juntas la diversidad de sociedades y de capas sociales en período de turbulencias.

Fuerzas centrífugas

Los fracasos económicos y sociales en cascada combinados a una maniobrabilidad política limitada erosionan el atractivo del proyecto europeo y reactivan fuerzas centrífugas en todo el continente.

Europa es uno de los paisajes políticos más complejos del mundo. Esta mezcla idiosincrásica de

herencias fuertes y contradictorias de las tradiciones liberales, fascistas y comunistas, de una gobernanza estatal de varios niveles, de legitimidades democráticas en competencia, de movimientos sociales dinámicos y de lazos geopolíticos contradictorios, está una vez más en ebullición.

En un contexto así, y cualquiera que sea su devenir, la conmoción política griega es ya un marcador en la historia del continente. Ese país, que al comienzo de los años 1980 daba fe de la capacidad de Europa de ofrecer un sólido punto de anclaje en la democracia liberal y la estabilidad socioeconómica a un régimen postautoritario, se ha vuelto el símbolo del fracaso y de la desunión. La tentativa de Syriza de escapar a la jaula de acero neoliberal no ha tenido otras respuestas que maniobras de sabotaje e insultos por parte de los demás gobiernos y de las instituciones europeas, no dejándole más elección que la capitulación o la ruptura, dos salidas negativas desde el punto de vista de la atractividad de la UE.

El refuerzo de las fuerzas centrífugas aparece igualmente como consecuencia del declive del atractivo de Bruselas. Gran Bretaña, que ha sucumbido hace mucho a las sirenas atlantistas, reclama un viraje esencial de la integración, amenazando con abandonar el navío/**12**. En la frontera oriental de la Unión, la desilusión respecto a la integración europea deja un campo libre a las fuerzas nacionalistas, aunque éstas estén animadas de sentimientos contradictorios respecto a la seguridad geopolítica recuperada por Rusia. En el propio corazón histórico de Europa se hace sentir un gran desconcierto. Favorece por supuesto el ascenso de partidos de extrema derecha como el Frente Nacional en Francia, pero deja también libre curso a discursos racistas en los medios dominantes. El reciente texto de Berthold Seewald en el principal periódico conservador alemán, Die Welt, movilizándolo argumentos étnicos para descartar a Grecia de la UE es una ilustración abyecta/**13** de ello. Recordando el contexto de la guerra de independencia griega de los años 1820, afirma que, entonces, *“la representación según la cual los griegos modernos son los descendientes de Pericles o Sócrates y no una mezcla de eslavos, bizantinos y albaneses, fue erigida en credo por Europa (...). Esa fue la razón para aceptar a los arruinados griegos en el barco europeo en 1980. Se pueden admirar las consecuencias a diario”*.

Al mismo tiempo, abundan signos de desánimo entre los dirigentes tradicionales. Reducidos a cálculos complicados y privados de toda fuente de inspiración política, Europa no alimenta más que acrimonia. La falta de solidaridad ha aparecido una vez más en la superficie cuando los jefes de gobierno han discutido sobre la crisis de la inmigración/**14**. Cuando miles de personas que desean llegar a Europa mueren en el Mediterráneo, la respuesta de los dirigentes europeos se ha focalizado, de forma tristemente reveladora, en ataques militares. Y en las discusiones sobre el reparto de los demandantes de asilo entre los países, se ha impuesto el egoísmo, llevando a Matteo Renzi/**15**, la menguante joven estrella italiana del centro izquierda europeo, a exclamar: *“Si esta es vuestra idea de Europa, os la podéis quedar”*.

Las recientes resultados electorales en España y el Reino Unido confirman que la decepción hacia Europa se refracta en el espacio nacional en una disminución de los votos por el “extremo centro”/**16**. Se traduzcan o no sus convergencias ideológicas en alianzas nacionales, el ala derecha y el ala izquierda del centro están estrechamente unidas en una gran coalición europea permanente. Son los partidos autodenominados socialdemócratas quienes pagan el precio en esta erosión: como sus posiciones tradicionales sobre las cuestiones socioeconómicas se han fundido en el dogma neoliberal, han quitado progresivamente a su electorado cualquier razón para votar por ellos, refugiándose éste en la abstención o desviándose hacia nuevos tipos de movimientos políticos.

En la izquierda, la emergencia de nuevos movimientos políticos en diferentes países está ligada a la vez a factores estructurales como la intensidad de la austeridad y a las coordenadas nacionales del campo político. Pero más allá de sus destinos políticos a corto plazo, ninguno de esos movimientos

podrá diferir mucho tiempo las discusiones sobre puntos estratégicos esenciales.

Dos años antes de convertirse en Ministro de Economía de Grecia, en sus “Confesiones de un marxista errático”/17, Yanis Varoufakis asumía la misión de salvar al capitalismo europeo de sí mismo. La batalla de Grecia ha mostrado que esto podía ser bastante más difícil de lo que había previsto. La dinámica de desarrollo combinado y desigual en la periferia europea subraya la necesidad para la izquierda de pasar de una lucha defensiva contra la austeridad a un orden del día positivo que delimite alternativas sistémicas. La experiencia griega demuestra que, en ese camino, no hay otra opción que la ruptura con/18 las instituciones europeas neoliberales y la reconquista de la soberanía democrática sobre las monedas nacionales.

Hay en ello, sin embargo, una dificultad de talla. Las poblaciones extenuadas por la crisis son reticentes a soportar los costes transitorios de la ruptura, incluso si pueden ser convencidas de las ventajas que procuraría a más largo plazo. Formular propuestas políticas que garanticen una red de seguridad en el curso de esta transición será esencial para facilitar nuevas victorias electorales, comenzando por las elecciones este otoño en España. Podemos/19 y sus aliados de los movimientos sociales ven una oportunidad significativa de ganar. Como ha demostrado la experiencia de Grecia, lo más probable es que la élite europea sea implacable. Un miembro de la dirección de Podemos me lo decía recientemente: “mejor si os preparáis”.

4/08/2015

<http://www.contretemps.eu/interventions/fin-leurope>

Traducción: Faustino Eguberri para *VIENTO SUR*

Notas

1/ <http://www.mediapart.fr/journal/international/051114/espagne-lalternative-citoyenne-guanyem-veut-dynamiter-le-systeme-catalan>

2/ http://www.democracynow.org/2015/6/5/from_occupying_banks_to_city_hall

3/ <http://www.contretemps.eu/interventions/bifurcation-grecqu>

4/ http://www.europarl.europa.eu/summits/lis1_en.htm

5/ <http://www.egs.edu/library/juergen-habermas/biography/>

6/ <https://www.jacobinmag.com/2015/04/greece-syriza-euro-merkel-austerity/>

7/ <http://www.theguardian.com/business/mario-draghi>

8/ <http://blog-imfdirect.imf.org/2015/06/14/greece-a-credible-deal-will-require-difficult-decisions-by-all-sides/>

9/ <http://www.imf.org/external/french/np/blog/2015/061415f.htm>

10/ <http://www.bbc.com/news/world-europe-33303105>

11/

<https://www.google.fr/search?q=manoeuvrabilité&spell=1&sa=X&ved=0CBsQvwUoAGoVChMIi>

d2fve37xgIVyz0UCh0srw5i

12/ http://www.nytimes.com/2015/06/24/world/europe/cameron-eu-brexit.html?_r=0

13/ <http://www.latribune.fr/economie/union-europeenne/grece-quand-la-presse-allemande-derape-484327.html>

14/ <http://www.bbc.com/news/world-europe-32395181>

15/ <http://www.newyorker.com/magazine/2015/06/29/the-demolition-man>

16/ <http://www.versobooks.com/books/1943-the-extreme-centre>

17/ <http://yanisvaroufakis.eu/2013/12/10/confessions-of-an-erratic-marxist-in-the-midst-of-a-repugnant-european-crisis/> y <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/yvarou.pdf>

18/ <https://www.jacobinmag.com/2015/07/tsipras-euro-debt-default-grexit/>

19/ <https://www.jacobinmag.com/2015/05/podemos-iglesias-spain-elections-populist/>

Cédric Durand es economista en la universidad Paris-13 y enseña en la EHESS. Miembro de Economistas aterrados y del comité de redacción de Contretemps-web, es autor del libro *Le capital fictif* (Les Prairies ordinaires, 2014), y ha coordinado *En finir avec l'Europe* (La Fabrique, 2013).